

## MEDITACIÓN XXIX

## DE LA PAZ CONYUGAL

Mi espíritu ha acompañado tan fraternalmente al matrimonio en todas las fases de su vida fantástica, que me parece haber envejecido con la familia que he tomado tan joven al principio de esta obra.

Después de haber experimentado con el pensamiento el impetu de las primeras pasiones humanas; después de haber delineado, á pesar de la imperfección del dibujo, los principales acontecimientos de la vida conyugal; después de haber discutido contra tantas mujeres que no me pertenecían; después de haberme gastado combatiendo tantos caracteres evocados de la nada; después de haber asistido á tantas batallas, experimento un cansancio intelectual que parece que echo un crespón sobre las cosas de la vida. Me parece que tengo un catarro, que llevo anteojos verdes, que mis manos tiemblan y que voy á pasar la mitad de mi existencia y de mi libro excusando las locuras de la primera.

Me veo rodeado de niños grandes que no he hecho, y sentado cerca de una mujer con quien no me he casado. Creo tener arrugas acumuladas sobre mi frente. Me hallo delante de un hogar que chisporrotea, y habito una cámara antigua... Experimento una impresión de pavor al poner la mano en mi corazón; porque me pregunto:

—¿Está, pues, marchito?

Semejante á un procurador viejo, ningún sentimiento se me impone y no admito un hecho sino cuando se me atestigua, como dice un verso de lord Byron, por dos buenos testigos falsos. Ningún rostro me engaña. Me hallo afligido y triste. Conozco que el mundo no tiene ya ilusiones para mí. Mis más santas amistades han sido vendidas. Cambio con mi mujer una mirada de inmensa profundidad, y la más sencilla de nuestras palabras es un puñal que atraviesa nuestra vida de parte á parte. Disfruto de una horrible calma.

¡He aquí la paz de la vejez! El anciano posee en sí y de antemano el cementerio que en breve le poseerá á él. Se acostumbra al frío. Muere, el hombre, como nos dicen los filósofos, pieza por pieza; y aun engaña casi siempre á la muerte, pues lo que ésta viene á coger con su descarnada mano, ¿es siempre verdaderamente la vida?

¡Oh! ¡Morir joven y palpitante!... ¡Destino digno de envidia! ¿No es esto, como ha dicho un gran poeta: «Llevarse consigo todas sus ilusiones, enterrarse, como un rey de Oriente, con sus pedrerías y sus tesoros, con toda la fortuna humana?»

¡Cuántas gracias debemos dar al espíritu dulce y benéfico que respira en todas las cosas de este mundo! En efecto, el cuidado que tiene la naturaleza de despojarnos pieza por pieza de nuestras vestiduras, de desnudarnos el alma, debilitándonos por grados el oído, la vista y el tacto, amortiguando la circulación de nuestra sangre, y coagulando nuestros humores, para hacernos tan poco sensibles á la invasión de la muerte como lo fuimos á la de la vida, este cuidado maternal que tiene de nuestra frágil cubierta lo despliega también para los sentimientos, para esa doble existencia que el amor conyugal crea. Nos envía primero la Confianza, que, alargando la mano y abriendo su corazón nos dice: ¡Mira! soy tuya para siempre. La Tibieza la sigue con pasolánguido, volviendo su cabeza rubia para bostezar, como una viuda joven escuchando al ministro dispuesto á firmar la credencial de su haber. La Indiferencia llega y se tiende sobre un sofá, no pensando más que en bajar la ropa que en otro tiempo el Deseo levantaba tan casta y vivamente. Fija sus ojos sin pudor y sin inmodestia sobre el lecho nupcial; y si desea alguna cosa, son frutas verdes para despertar su estragado paladar. En fin, la Experiencia filosófica de la vida se presenta con frente recelosa y desdeñosa, mostrando con el dedo los efectos y no las causas, la victoria tranquila y no el combate fogoso. Computa los atrasos de los arrendatarios, y calcula el dote de una niña. Lo materializa todo. Con un golpe de su varita se hace la vida compacta y sin resorte; todo en otro tiempo era fluido, ahora todo se ha petrificado. Ya no existe el placer para nuestros corazones. Está analizada y se le considera como una sensación, como una crisis pasajera, pues lo que el alma quiere en el día es un estado, y sólo la

felicidad es permanente. Se halla en la tranquilidad más absoluta, en la regularidad de las comidas, del sueño, del juego y de los órganos embotados.

—¡Esto es horroroso!...—dijo,—soy joven, estoy lleno de vida!... Perezcan todos los libros del mundo antes que mis ilusiones.

Dejé mi laboratorio y me precipité en París. Al ver pasar las caras más hechiceras, repasé bien en que no era viejo; y la primera mujer, joven, bella y bien vestida que me apareció, hizo desvanecer, con el fuego de sus miradas, el encanto de que yo era voluntaria víctima. Apenas había dado algunos pasos por el jardín de las Tullerías, sitio al que me había dirigido, cuando vi al prototipo de la situación matrimonial á que ha llegado este libro. Hubiera querido caracterizar, idealizar ó personificar al Matrimonio tal como lo concibo, y fuera imposible á la misma Santísima Trinidad crear un símbolo tan completo de él.

Figuraos una mujer de unos cincuenta años, vestida con un abrigo de marino pardo rojo, que llevaba en su mano izquierda el cordón verde atado al collar de un perrito inglés muy bonito, y daba el brazo derecho á un hombre con calzón y medias de seda negras, cubierto con un sombrero cuyas alas se levantaban caprichosamente, y bajo los dos lados del cual se escapaban los mechones nevados de su cabellera. Una pequeña trenza del grueso poco más ó menos del cañón de una pluma, jugueteaba sobre una nuca amarillenta, bastante gorda, que el cuello doblado de una levita raída dejaba al descubierto. Esta pareja andaba con paso de embajador, y el marido, septuagenario cuando menos, se detenía con complacencia cuantas veces el perrito hacía una gracia. Apreté el paso para adelantarme á esta imagen viviente de mi Meditación, y quedé sumamente sorprendido cuando reconocí al marqués de T..., al amigo del conde de Nocé que, mucho tiempo hacía, me debía el fin de la interrumpida historia, que he referido en la *Teoría del Lecho*, (Ved la Meditación XVII.)

—Tengo el honor—me dijo,—de presentar á usted á la señora marquesa de T...

Saludé profundamente á una señora de rostro pálido y arrugado. Tenía la frente adornada con cabellos postizos, cuyos rizos chatos y colocados en forma circular, añadían un desencanto más á todas las arrugas que la surcaban. Te-

nía un poco de arrebol y se parecía bastante á una vieja actriz de provincia.

—¡No veo, señor lo que podrá usted decir contra un matrimonio como el nuestro!—me dijo el anciano.

—Las leyes romanas lo prohíben—respondí riendo.

La marquesa me echó una mirada que revelaba tanta inquietud como desaprobación, y parecía decir:

—¿Habré llegado á mi edad para no ser más que una concubina?

Fuimos á sentarnos á un banco, en el sombrío bosque plantado en el ángulo del alto terraplén que domina la plaza de Luis XVI, del lado del Guardamuebles.

El otoño deshojaba ya los árboles, y dispersaba delante de nosotros las hojas amarillas de sus copas; pero el sol derramaba un dulce calor.

—Bien ¿está acabada la obra?—me dijo el anciano con aquel acento untuoso peculiar de los hombres de la aristocracia antigua. Acompañó estas palabras con una sonrisa sardónica á moda de comentario.

—Casi, casi, señor—respondí.—He llegado á la situación filosófica en que me parece que se hallan ustedes; pero confieso que...

—¿Buscaba usted ideas?...—añadió él, acabando una frase que yo no sabía ya de qué modo terminar.—Pues bien—dijo prosiguiendo;—podéis afirmar sin temor que, al llegar al invierno de su vida, el hombre... (el hombre que piensa, entendámonos) acaba por disputar al amor la loca existencia que le han dado nuestras ilusiones...

—¿Cómo, negaría usted el amor, al siguiente día de un matrimonio?

—En primer lugar—dijo,—al día siguiente, ya podría haber motivo; pero mi matrimonio es una especulación—repuso acercándose á mi oído.—He comprado los cuidados, las atenciones y los servicios que necesito, y estoy seguro de conseguir todas las consideraciones que mi edad reclama; he dado toda la fortuna á mi sobrino en el testamento, y no debiendo ser rica mi mujer sino durante mi vida, ya comprenderá usted que...

Eché al anciano una ojeada tan penetrante, que me apretó la mano, y me dijo:

—Parece que tiene usted buen corazón, y por lo tanto le

diré que le he proporcionado una dulce sorpresa en mi testamento—añadió alegremente.

—Ande usted aprisa, José—exclamó la marquesa, yendo al encuentro de un criado que llevaba un gabán de seda acolchado;—¡acaso vuestro amo haya cogido ya frío!

El anciano marqués se puso el gabán, lo abrochó, y cogiéndome del brazo, me llevó á la parte del terraplén en que abundaban los rayos del sol.

—En su obra—me dijo,—tal vez habrá usted hablado del amor como joven. Pues bien; si quiere cumplir con los deberes que le impone la obra ec... elee...

—Ecléctica—le dije sonriéndome pues nunca había podido acostumbrarse á este nombre filosófico.

—Conozco bien ese término—repuso él.—Si quiere usted, pues, obedecer á su voto de eclecticismo, es necesario que exprese respecto al amor algunas ideas varoniles que voy á comunicarle, y cuyo mérito no le disputaré, si es que hay mérito en ello; quiero legarle algo de mi hacienda, y esto será todo lo que tendrá usted de ella.

—No hay fortuna pecuniaria que valga lo que una fortuna de ideas, cuando son buenas, bien entendido. Así es que escucho á usted, y le doy las gracias.

—El amor no existe—repuso el anciano mirándome.—No es siquiera un sentimiento, es una necesidad desgraciada que fluctúa entre las necesidades del cuerpo y las del alma. Pero adoptando por un momento sus juveniles pensamientos, procuremos raciocinar acerca de esta enfermedad social. Creo que no podéis concebir el amor, sino como una necesidad ó como un sentimiento.

Hice una seña afirmativa.

—Considerado como una necesidad—dijo el anciano,—el amor se hace sentir la última de todas, y cesa la primera.

Somos enamorados á la edad de veinte años (poco más ó menos), y cesamos de serlo á los cincuenta. Durante estos treinta años, ¡cuántas veces se haría sentir la necesidad sino fuésemos provocados por las costumbres incendiarias de nuestras ciudades, y por el hábito que tenemos de vivir en presencia, no de una mujer, sino de las mujeres! ¿Qué debemos á la conservación de la raza? Tantos niños, tal vez, como tetillas tenemos, para que si uno muere, otro viva. Si estos dos niños fuesen siempre conseguidos, ¿adónde

irían las naciones? Treinta millones de individuos son una población considerable para Francia, puesto que el suelo no basta para preservar á más de diez millones de personas de la miseria y del hambre. Pensad que la China se ve obligada á arrojar sus niños al agua, según relación de los viajeros. Ahora, pues, hacer dos niños: he aquí todo el matrimonio. Los placeres superfluos son, no sólo libertinaje, sino una pérdida inmensa para el hombre, como le demostraré á usted ahora mismo. ¡Compare usted con esta pobreza de acción y de duración la exigencia cotidiana y perpetua de las demás condiciones de nuestra existencia! La naturaleza nos avisa á todas horas de nuestras necesidades reales; y, por el contrario, se niega absolutamente á los excesos que nuestra imaginación solicita del amor algunas veces. Es, pues, esta la última de nuestras necesidades, y la única cuyo olvido no causa ninguna perturbación en la economía del cuerpo. El amor es un lujo social como los encajes y los diamantes. Ahora, examinándolo como sentimiento, podemos hallar en él dos distinciones, el placer y la pasión. Analice usted el placer. Los afectos humanos estriban en dos principios: la atracción y la aversión. La atracción es esa afección general á las cosas que lisonjean nuestro instinto de conservación; la aversión es el ejercicio de este mismo instinto, cuando nos advierte que una cosa puede perjudicarnos. Todo lo que agita poderosamente nuestro organismo, nos da una conciencia más íntima de nuestra existencia: he aquí el placer. Se constituye con el deseo, con la dificultad y con el goce de tener cualquier cosa. Es el placer un elemento único, y nuestras pasiones no son más que modificaciones suyas más ó menos vivas; por eso, casi siempre el hábito de un placer excluye los demás. Luego el amor es el menos vivo de nuestros placeres y el menos duradero. ¿En dónde coloca usted el placer del amor?... ¿Será en la posesión de un cuerpo hermoso?... Con dinero podéis adquirir en una noche muchas odaliscas admirables; pero al cabo de un mes habrá usted estragado quizá para siempre el sentimiento en usted mismo. ¿Por ventura será esto de otro modo?... ¿Amaréis á una mujer porque viste bien, porque es hermosa y rica, porque tiene coche ó porque tiene crédito?... No llame usted á esto amor, porque es vanidad, avaricia y egoísmo. ¿La ama usted porque es ocurrente?... Tal vez obedece entonces á un sentimiento literario.

—Pero—le dije,—el amor no revela sus placeres sino á los que confunden sus pensamientos, sus almas y sus vidas.

—¡Oh!... ¡oh!... ¡oh!...—exclamó el anciano con tono chocarrero,—hálleme usted siete hombres por nación que hayan sacrificado á una mujer, ¡no sus vidas!... pues eso no es gran cosa; el arancel de la vida humana no ha subido más arriba de veinte mil francos bajo Napoleón, y hay en Francia en este momento doscientos cincuenta mil valientes que dan la suya por una cinta encarnada de dos pulgadas, sino siete hombres que hayan sacrificado á una mujer diez millones, sobre los cuales hayan dormido solitariamente durante una sola noche. Dubreuil y Phumeja son todavía menos raros que el amor de la señorita Dupuis y de Bolingbroke. En tal caso, estos sentimientos proceden de una causa desconocida. ¡Pero me ha llevado usted así á considerar el amor como una pasión! Pues bien, es la última de todas, la más despreciable. Todo lo promete y nada cumple. Viene la última lo mismo que el amor necesidad, y perece la primera. ¡Ah! ¡hable usted de la venganza, del odio, de la avaricia, del juego, de la ambición, del fanatismo!... Estas pasiones tienen alguna cosa viril, estos sentimientos no son perecederos, y hacen diariamente los sacrificios que no hace el amor sino por humorada. Pero ahora—continuó—adjure usted del amor. Desde luego, ya no hay bullicio, cuidados, inquietudes; no hay ya aquellas pequeñas pasiones que malgastan las fuerzas humanas. Vive un hombre dichoso y tranquilo. Socialmente hablando su poder es infinitamente mayor y más intenso. Este divorcio obrado con aquel no sé qué llamado amor, es la razón primitiva del poder de todos los hombres que obran sobre las masas humanas; pero esto no es nada aún ¡Oh! ¡Si conociese usted la fuerza mágica de que está dotado el hombre, cuáles son los tesoros de su potencia intelectual, y qué longevidad de cuerpo halla en sí mismo cuando, desprendiéndose de toda clase de humanas pasiones, emplea toda su energía en provecho de su alma! ¡Si pudiese usted gozar durante dos minutos de las riquezas que Dios dispensa á los hombres sabios que no consideran el amor sino como una necesidad pasajera, á la que basta obedecer á los veinte años durante seis meses; á los hombres que, desdeñando los abundantes y substanciosos bifecks de Normandía, se alimentan con

las raíces que ha dispensado liberalmente, y se acuestan sobre las hojas secas, como los solitarios de la Tebaida!... ¡Oh! ¡No conservaría usted tres segundos la vida é iría á vivir á los cielos!... hallaría usted en ellos el amor que busca en el cielo terrestre, oiría en ellos conciertos mucho más melodiosos que los de Rossini, voces más puras que las de la Malibrán... Pero hablo de ello como un ciego y por haberlo oído decir; si no hubiese ido á Alemania hacia el año de 1791, nada de todo esto supiera... Si, el hombre aspira á lo infinito. Tiene en sí un instinto que le llama hacia Dios. Dios es todo, lo da todo, lo hace olvidar todo, y el pensamiento es el hilo que nos ha dado para comunicarnos con Él!

Se detuvo de repente con los ojos fijos en el cielo.

—¡Este pobre mentecato ha perdido la cabeza!—dije para mí.—Señor—le dije,—sería llevar muy lejos el respeto por la filosofía ecléctica el consignar vuestras ideas en mi obra, porque la destruiría. En ella todo está basado en el amor platónico ó sensual. ¡Dios me libre de acabar mi libro con semejantes blasfemias sociales! Procuraré más bien volver, por medio de alguna sutileza pantagruélica, á mi rebaño de solteros y de mujeres decentes, discurriendo algún modo de hallar utilidad social y razonable á sus pasiones y á sus locuras. ¡Oh! ¡oh! Si la paz conyugal nos conduce á razonamientos tan desencantadores y tan tristes, conozco muchos maridos que preferirían la guerra.

—¡Ah, joven!—exclamó el viejo marqués,—entonces no tendré que acusarme por no haber indicado el camino á un viajante extraviado.

—¡Adiós, viejo esqueleto!...—me dije.—¡Adiós, matrimonio ambulante! ¡Adiós, almacén de fuegos artificiales! ¡Adiós, máquina! Aunque yo te haya dado tal vez algunas ideas de personas que he amado, algunos viejos retratos de familia, vuelve á la tienda del mercader de cuadros, ve á reunirte con la señora de T... y con todas las demás; y que el diablo te lleve, porque... poco me importa.

## MEDITACIÓN XXX

## CONCLUSIÓN

Un solitario que creía tener el dón de segunda vista, habiendo dicho al pueblo de Israel que le siguiese á una montaña para oír allí la revelación de algunos misterios, se vió acompañado de una multitud que ocupaba una buena extensión del camino para que su amor propio se viese lisonjeado, á pesar de su calidad de profeta.

Pero como la montaña se encontrase á no sé qué distancia, ocurrió que, en la primer parada que hicieron, un industrial se acordó de que tenía que entregar un par de babuchas á un señor duque y par, una mujer pensó en que se había dejado sobre la lumbre la papilla de sus hijos, un publicano recordó que tenía que cobrar unas cuentas, y se marcharon.

Un poco más lejos, unos enamorados se quedaron bajo unos olivos, olvidando los discursos del profeta; pues pensaban que la tierra prometida estaba allí donde se detenían, y la palabra divina allí donde podían conversar á su antojo.

Unos obesos, provistos de vientres á lo Sancho, y que hacía ya un cuarto de hora que se venían enjugando la frente con sus pañuelos, empezaron á tener sed, y se quedaron al lado de una límpida fuente.

Algunos antiguos militares empezaron á quejarse de los ojos de gallo que les ponían nerviosos, y hablaron de Austerlitz con motivo de las botas estrechas.

En la segunda parada, algunas gentes de mundo se dijeron al oído:

—¡Este profeta es un loco!

—¿Le habéis escuchado?

—Yo he venido por curiosidad.

—Y yo porque he visto que otros seguían (éste era un peditimetre).

—¡Es un charlatán!

El profeta seguía su camino. Pero cuando llegó á la meseta desde donde se veía un inmenso horizonte, se volvió y

sólo vió á su lado á un pobre israelita, al que podía haber dicho como el príncipe de Ligne dijo al infeliz tamborcillo que aquél encontró en la plaza donde creía ser esperado por toda la guarnición:

—Y bien, señores lectores, al parecer habéis quedado reducidos á uno, ¿eh?

¡Hombre de Dios, que me has seguido hasta aquí!... supongo que una pequeña y somera recapitulación no te asustará, y yo he viajado en la convicción de que tú te decías como yo: ¿Adónde diablos vamos?

—Corriente, este es el sitio á propósito para preguntarte, caro lector, cuál es tu opinión respecto á lo renovación del monopolio del tabaco y lo que piensas de los exorbitantes impuestos sobre el vino, el uso de armas, el juego, la lotería, y sobre los naipes, el aguardiente, los jabones, los algodones y las sederías, etc.

—Opino que formando estos impuestos la tercera parte de las rentas del Estado, nos veríamos muy apurados si...

—De manera, mi excelente marido modelo, que si nadie se emborrachase, ni jugase, ni fumase, ni casase; en fin, si nouviésemos en Francia ni vicios, ni pasiones, ni enfermedades, el Estado estaría muy próximo á la bancarrota, toda vez que nuestras rentas estriban en la corrupción pública, del mismo modo que el comercio vive del lujo. Si se detiene uno á considerarlo bien, se ve que todos los impuestos están basados en una enfermedad moral. En efecto, ¿no procede el ingreso más importante de los Estados de los contratos de seguridad que todo el mundo se apresura á hacer para evitar el engaño y la mala fe, lo mismo que la fortuna de las gentes de justicia estriba en los actos con que se intenta atacar la fe jurada? Y si continuamos este examen filosófico, llegaríamos á ver á los gendarmes sin caballos y sin calzón de ante, el día en que todo el mundo se mostrase razonable y si no hubiera imbéciles ni perezosos. Ahora bien, yo creo que hay más relación de lo que se cree entre mis mujeres decentes y el presupuesto; y yo me encargo de demostrároslo, si queréis dejarme acabar el libro como ha empezado, es decir, con un pequeño ensayo de estadística. ¿Me concedéis que un amante debe mudarse de camisa con más frecuencia que un marido ó que un soltero sin compromiso? Esto me parece fuera de duda. La diferencia que existe entre un marido y un amante se ve con sólo examinar

su manera de vestirse y atildarse. El uno lo hace sin artificio, y su barba está á veces descuidada, mientras que el otro se muestra siempre pulcro y elegante. Sterne ha dicho con mucha gracia que el libro de cuentas de su planchadora era el mejor memorial histórico de su *Tristram Shandy*; y que, por el número de sus camisas, se podía adivinar cuáles eran los pasajes del libro que más trabajo le había costado. Pues bien, para los amantes, el libro de la planchadora es el libro más fiel y más imparcial de sus amores. En efecto, una pasión consume una cantidad inmensa de cuellos, camisas, corbatas y demás ropas necesarias para el aseo constante y la pulcritud en el vestir; pues la blancura de las medias, el brillo del planchado, de una esclavina ó de un canesú, los pliegues artísticamente hechos de una camisa y la gracia de una corbata ejercen una influencia inmensa en toda aventura amorosa. Esto explica el pasaje de la Meditación II, en que digo que la mujer decente se pasa la vida cuidando de que le almidonen bien las ropas. He pedido informes á una señora á fin de saber en cuánto podía valuarse esta contribución impuesta por el amor, y me acuerdo que, después de haberla fijado en cien francos anuales por mujer, me dijo con una especie de ingenuidad:—«Eso depende, por otra parte, del carácter de los hombres, porque hay unos que chafan más que otros». No obstante, después de una discusión muy profunda, en la que yo apostaba por los célibes y la señora por su sexo, se convino en que, hechas las debidas compensaciones, dos amantes pertenecientes á las esferas sociales de que se ha ocupado este libro deben gastar ambos por este artículo ciento cincuenta francos anuales más que en tiempo de paz. Por medio de este tratado amistoso, largamente discutido, fué por lo que liquidamos también una diferencia colectiva de cuatrocientos francos entre el pie de guerra y el de paz, relativamente, á todas las partes del traje. Este artículo fué considerado como muy mezquino por todas las potencias masculinas y femeninas que consultamos. Las luces que nos fueron suministradas por algunas personas para ilustrarnos sobre estas delicadas materias, nos sugirieron la idea de reunir en una comida á algunos hombres sabios, á fin de ser guiados por sus sabias opiniones en tan importantes indagaciones. Se verificó la reunión. Con el vaso en la mano, y después de brillantes improvisaciones, fué como recibieron los capítulos siguientes

tes del presupuesto del amor una especie de sanción legislativa. La suma de cien francos fué aprobada para mandaderos y coches. La de cincuenta escudos pareció muy razonable para los pastelitos que se comen paseándose, para las violetas y las partidas de espectáculos. Una suma de doscientos francos fué reconocida como necesaria para el gasto extraordinario de las comidas de fonda. Desde el momento que el gasto estaba admitido, era preciso cubrirlo con un ingreso. En esta discusión fué cuando un lancero (pues el rey no había suprimido aún su casa encarnada en la época en que fué meditada esta transacción), casi ebrio por el Champagne, fué llamado al orden por haberse atrevido á comparar los amantes con los aparatos destilatorios. Pero el capítulo que dió lugar á las discusiones más violentas, que quedó suspendido durante muchas semanas, y que necesitó un informe, fué el de los regalos. En la última sesión, la delicada señora D... emitió su opinión la primera; y, en un discurso lleno de gracia y que probaba la nobleza de sus sentimientos, intentó demostrar que, por regla general, los dones del amor no tenían ningún valor intrínseco. El autor respondió que no había amantes que no se retratasen. Una dama objetó que el retrato no era más que un capital, y que siempre se cuidaba de pedirlos otra vez para darles nuevo curso. Pero de repente un gentilhomme provenzal se levantó para pronunciar una filípica contra las mujeres. Habló de la increíble hambre que devora á la mayor parte de los amantes por las pieles, las piezas de raso, los tejidos, las joyas y los muebles; pero una señora le interrumpió preguntándole si la señora O..., su amiga, no le había pagado ya por dos veces sus deudas.

—Se equiva usted señora—repuso el provenzal,—fué á su marido.

—Ruego al orador que se calle—exclamó el presidente, y lo condeno á festejar á toda la reunión por haberse servido de la palabra *marido*.

El provenzal fué completamente refutado por una dama que procuró probar que las mujeres tenían mucha más abnegación en amor que los hombres; que los amantes cuestan muy caros, y que una mujer decente se consideraría muy dichosa si sólo les costasen dos mil francos al año. Cuando la discusión iba á degenerar en personalidades, se pidió el escrutinio. Las conclusiones decían, en subs-

tancia que la suma de los regalos anuales, entre amantes se valuaba en quinientos francos, pero que en esta cifra se comprenderían igualmente:

- 1.º El dinero de las giras campestres;
- 2.º Los gastos farmacéuticos ocasionados por los constipados que se cogían por la noche, paseándose por las alamedas demasiado húmedas de los bosques, ó al salir de algún espectáculo, y que constituían verdaderos regalos;
- 3.º Los portes de cartas y los gastos de cancillería;
- 4.º Los viajes y cualesquiera otros gastos generales, cuyos pormenores hubiesen escapado, sin atender á las locuras que pudieran hacer algunos disipadores, en atención á que, en virtud de las pesquisas de la comisión, estaba demostrado que la mayor parte de las disipaciones aprovechaban á las coristas y demás de la Ópera, y no á las mujeres legítimas. El resultado de esta estadística pecuniaria del amor fué que, en limpio, costaba una pasión cerca de mil quinientos francos anuales, necesarios para el gasto soportado por los amantes de modo desigual muchas veces, pero que no se gastarían sin tales relaciones. Hubo, además, una especie de unanimidad en la asamblea para confirmar que esta cifra era el *minimum* del coste anual de una pasión.

Así es, querido señor mío, como hemos probado por los cálculos de nuestra estadística conyugal (véase las Meditaciones I, II, III), de un modo irrevocable, que existe en Francia una masa flotante de un millón quinientas mil pasiones ilegítimas al menos, y se sigue de ello:

Que las conversaciones criminales de la tercera parte de la población francesa contribuyen con una suma de tres millares de cuentos al vasto movimiento circulante del dinero, verdadera sangre social cuyo corazón es el presupuesto;

Que la mujer decente, no sólo da la vida á los hijos de la patria, sino también sus capitales;

Que la mujer decente es un ser esencialmente de presupuesto y de consumo;

Que nuestras fábricas no deben su prosperidad sino á este movimiento *sistolar*;

Que la menor baja en el amor público acarrearía incalculables desgracias para el fisco y para los rentistas;

Que un marido tiene por lo menos una tercera parte de sus rentas hipotecada á la inconsecuencia de su mujer, etc.

Sé muy bien que ya abris la boca para hablarme de las costumbres, de política, de bien y de mal... pero, mi querido minotaurizado, ¿no es la felicidad el fin que deben proponerse todas las sociedades?... ¿No es este axioma el que hace que los pobres reyes se tomen tanto trabajo por sus pueblos? Pues bien, la mujer decente no tiene, como ellos, es verdad, tronos, gendarmes, tribunales, no tiene más que una cama que ofrecer; pero si nuestras cuatrocientas mil mujeres hacen dichosos, por medio de esta ingeniosa máquina á un millón de solteros, y además de esto á sus cuatrocientos mil maridos, ¿no llegan misteriosamente y sin ostentación, al fin que un gobierno tiene por mira, es decir, á dar la mayor suma de felicidad posible á la masa?

—Sí, pero los disgustos, los hijos, las desgracias...

—¡Ah! permitidme que de á luz la palabra más consoladora con que uno de nuestros caricaturistas más espirituales termina una de sus cargas:

—¡El hombre no es perfecto!

Basta que nuestras instituciones no tengan más inconvenientes que ventajas, para que sean excelentes; pues el género humano no está colocado, socialmente hablando, entre el bien y el mal, sino entre lo malo y lo peor. Ahora bien, si el libro que hemos terminado ahora ha tenido por fin disminuir la peor de las especies matrimoniales, descubriendo los errores y los contrasentidos á que dan lugar nuestras costumbres y nuestras preocupaciones, será ciertamente uno de los títulos más hermosos que pueda presentar un hombre para ser colocado entre los *bienhechores de la humanidad*. ¿No ha sido el objeto del autor, armando á los maridos, dar más recato á las mujeres, y por consiguiente, más violencia á las pasiones, más dinero al fisco y más vida al comercio y á la agricultura? Gracias á esta última Meditación, puede vanagloriarse de haber obedecido completamente al voto del eclecticismo que ha formado al emprender esta obra, y cree haber relatado, como un fiscal de Su Majestad, todos los documentos del proceso, pero sin dar sus conclusiones. En efecto, ¿qué os importa hallar aquí un axioma? ¿Queréis que sea este libro el desarrollo de la última opinión que ha tenido Tronchet, quien, cercano el fin de sus días, pensaba que el legislador había considerado en el matrimonio mucho menos á los esposos que á los hijos? Consiento en ello. Deseáis más bien que este libro sirva de

prueba á la conclusión de aquel capuchino, que, predicando en presencia de Ana de Austria, y viendo á la reina y á las damas muy enojadas de sus argumentos demasiado victoriosos acerca de su fragilidad, les dijo al bajar del púlpito de la verdad:

—Sois todas mujeres honradas, y nosotros, desgraciadamente, hijos de Samaritanas.

Sea así también. Os he permitido sacar la consecuencia que os agrade; pues pienso que es muy difícil no reunir dos ideas opuestas sobre esta materia que no tengan alguna exactitud. Pero el libro no ha sido escrito en pro ó contra del matrimonio, y no os debía sino la descripción más exacta de él. Si el examen de la máquina puede llevarnos á perfeccionar el rodaje; si limpiando una pieza oxidada hemos dado resorte á este mecanismo, conceded un salario al obrero. Si ha tenido el autor de este libro la impertinencia de decir verdades demasiado duras, si ha generalizado demasiado frecuentemente hechos particulares, si ha descuidado demasiado los argumentos vulgares de que se usa para incensar á las mujeres desde tiempo inmemorial, ¡oh! ¡que sea crucificado! pero no le atribuyáis intenciones hostiles á la instrucción de sí misma, pues sólo tacha á los hombres y á las mujeres. Sabe que desde el momento que el matrimonio no ha derribado al matrimonio, éste es inatacable; y, en fin, si existen tantas quejas contra esta institución, es tal vez porque el matrimonio es una vida en la vida. Sin embargo, las personas que tienen la costumbre de formar opinión leyendo un periódico, murmurarían tal vez de un libro que llevase demasiado lejos la monomanía del eclecticismo; entonces, si necesitan alguna cosa que se parezca á una peroración, no es imposible hallarla. Y puesto que algunas palabras de Napoleón sirvieron de principio á este libro, ¿por qué no ha de acabar como comenzó?

En pleno consejo de Estado, el primer cónsul pronunció esta frase culminante, que es á un tiempo, el elogio y la sátira del matrimonio, y el resumen de este libro:

—¡Si el hombre no envejeciese, yo sería partidario de que no tomase mujer!

## POST-SCRIPTUM

—¿Y se casará usted?—preguntó la duquesa al autor en el momento en que éste acababa de leer el manuscrito de esta obra. (Era una de las damas á cuya sagacidad rindió ya homenaje el autor en la introducción de este libro.)

—Ciertamente que sí, señora—respondió el interrogado.

—Encontrar una mujer que se atreva á quererme será en lo sucesivo la más risueña de mis esperanzas.

—¿Es resignación ó fatuidad?

—Ese es mi secreto.

—Pues bien, señor doctor en artes y ciencias conyugales, permítame usted que le cuente un pequeño apólogo oriental que leí hace tiempo en no sé qué colección de trozos escogidos que nos mandaban todos los años á modo de almanaque. En los primeros tiempos del Imperio, las damas pusieron de moda un juego que consistía en no aceptar nada de la persona con quien se convenía en jugar, sin pronunciar antes la palabra *Diadesté*; en la inteligencia de que aquel que tomase algo sin pronunciarlo era el que perdía el juego. Como comprenderá usted, una partida duraba semanas enteras, y ambos contrincantes acechaban astutamente el momento de coger á su contrario recibiendo algo sin pronunciar la palabra sacramental.

—¿Aunque fuera un beso?

—¡Oh! ¡más de veinte veces gané yo el *Diadesté* de ese modo!—contestó la duquesa riéndose.—Si no me equivoco, fué por aquella época y con motivo de este juego, cuyo origen es árabe ó chino, cuando este apólogo obtuvo los honores de la impresión... Pero, si se lo cuento á usted—dijo interrumpiendo el relato é introduciéndose el índice de su mano derecha en uno de los agujeros de su nariz, con un encantador gesto de coquetería,—es con la condición de que ha de ir al final de la obra.

—¿No equivaldrá eso á dotarla con un nuevo tesoro?... Debo ya á usted tantos favores, que me es imposible pagarlos; así es que acepto ese más.

Mi interlocutora sonrió maliciosamente y prosiguió de esta suerte.